









VIOLINISTAS DE "CRITICA"

SECRETOS DE LA CORTE IMPERIAL ALEMANA

Por la condesa de Eppinghoven



—Este me aproxima a París más de  
cien años. Si vuelvo a encontrar una  
ocasión semejante, no dudo que los fran-

(Traducido por Emilio Dupuy de Loma)

CAPÍTULO IX

La caída de Caprivi. — El príncipe de  
Hohenlohe, canciller. — El papel de la  
Emperatriz. — Los fondos que están  
a disposición de Guillermo. — El que  
que hace de él. — La historia mis-  
teriosa de los fondos. — Inciden-  
tes internacionales.

En realidad, el Emperador no tiene el  
derecho de considerar "los fondos pú-  
blicos" a la disposición de S. M. Los re-  
sultados de guerra poco más o menos  
civil así los forman parte de la histo-  
ria.

Es preciso comprender cuáles son los  
derechos propios y los ajenos, con la  
desempeñadora que los juzga Germano. El  
para proceder en semejante forma. Es  
los fondos están únicamente destinados  
para socorrer a los veteranos de las ge-  
rras, o a las víctimas de las grandes ca-  
lidades de guerra.

Yo a referir a raíz de que circulan-  
tes al Emperador se vio obligado a re-  
currir a ellos a fin de hacer frente a di-  
cuidades que habrían podido transfor-  
mar la política interna del Imperio.

Para esto, es preciso que se permita  
una larga incursión en el dominio de la  
alta política.

El Emperador Augustus Victoria, que  
después de rechazado el proyecto  
de ley del conde de Hohenlohe sobre el  
cambio primario, persiguió al conde de  
Caprivi que permaneciera en su puesto.

El Emperador estaba muy descontento  
después del fracaso de esta ley, que  
el mismo había inspirado. Y quisiera  
responsabilidad a la Emperatriz y a su fa-  
milia, pero no se atrevió a hacerlo. La  
culpa tenía mi real esposa. —Puedes  
ver por el conde de Hohenlohe, que  
era a su esposa, que no me comprenderé  
más con sus proyectos ultrarri-  
guistas, y no volveré a la Emperatriz  
una segunda vez a Cumberland Lodge.

Al oír estas palabras, la Emperatriz,  
que no estaba acostumbrada a los  
impetus de su esposo, palideció primero,  
y después se cubrió el rostro con las  
manos. Tembló su mano, y algunas gotas  
de sudor frío se le resquebrajaron en  
sus mejillas, cayendo sobre sus blusas.

Los mismos hechos, la Emperatriz Aus-  
tusa Victoria, que había amargamente  
su dama de honor, de la conducta de  
su esposo, que se acostumbraba a los  
No sé si a ella, ni su familia,  
habían tenido nada que ver con la  
pretensión de este proyecto de ley. Como

nuestros tratamos de consolarla, ella  
respondió:

—No podré olvidar nunca estas pa-  
labras: "No volveré más a ir una segun-  
da vez a Cumberland Lodge" porque es pre-  
ciso que yo lo diga. — allí en casa de  
mi tío, fue donde Guillermo y yo empa-  
camos a amarnos..."

Al día siguiente el Emperador partió  
para Habersburg sin ver a su esposa.  
Nuestros doctores salieron sin saber nada  
con un velo de tristeza. Augusta  
Victoria estaba sumida en la más com-  
pleta desolación.

Mientras tanto, llegó un despacho de  
la reina Victoria dirigido a la Emper-  
trix, en el que se le comunicaba que  
el despacho estaba concebido en estos  
términos:

"Querida reina, la voz de que Capri-  
vius retirarse. Tratad de disuadirlo de  
todas maneras, porque en estos momen-  
tos, sería una verdadera calamidad su  
partida."

—Yo a hablar en seguida con el ca-  
pitán, dijo la Emperatriz, quien tenía  
gran respeto por la sabiduría política de  
la reina Victoria.

Sin embargo, la gran dama de honor,  
consciente de que había amargamente  
a dar un paso tan grave, del que  
había precedido alguno.

Después de una larga discusión, se de-  
cidió que S. M. escribiría a Caprivi. En  
seguida, todas las señoras, la Emperatriz,

la condesa Brockdorff, fraulein von Ger-  
dorff, y yo, nos pusimos a hacer borrado-  
res para la famosa carta, en vista de la  
importancia que debía tener esta misiva.

Fue convenido que se la tomaría el me-  
jor de los cuatro borradores.

Trabajamos todas a pura pécunia, pues  
ninguna de las cuatro educadoras fue  
fuerza suficientemente importante. Fi-  
nalmente, fué adoptado el siguiente tex-  
to:

"Os ruego que no abandonéis al Empe-  
rador en estos momentos, y que no arro-  
jéis la culpa a la pobre reina Victoria.  
Ahora que las relaciones de la  
Corona con su más alto funcionario se  
han fortalecido, y que tantas cosas que  
después de la partida de Bismarck ha-  
bían caído en desuso, se han restableci-  
do nuevamente."

Herr von Knebelbeck llevó la carta a  
Wilhelmstrasse. No tardó mucho en vol-  
ver y entregar a S. M. una respuesta  
tranquilizadora de la Emperatriz.

El canciller aseguró a la Emperatriz  
que consideraba un gran honor, obede-  
cer sus órdenes, y que en consecuencia  
era una misión noble a esperar al Empe-  
rador a su vuelta de Habersburg.

(Continúa)

En este sentido, tanto la libertad de  
financiar. — Un lector de CRITICA.

Odisea de los desocupados

Nuestros estadistas ministeriales se  
han evidenciado, ante la opinión y las  
necesidades del país que anteponen agra-  
daban en estas horas de prueba, sus obras  
y sus pensamientos salvadores. Hay que  
admitir el criterio y la inteligencia con  
que han encarado los asuntos tan urgen-  
tes como trascendentes para la vida  
económica interna de la nación. Cuanto  
talento y cuanto celo puesto al ser-  
vicio de los intereses comunes; Para  
no ser muy extensos he aquí el proble-  
ma de los desocupados.

Se anuncian trabajos públicos, ob-  
ras nacionales de importancia con el  
laudable propósito de dar trabajo a los  
necesitados. Hasta la fecha al una sola  
de esas pompas inflativas se ha lle-  
gado a la práctica.

La situación se agrava y se intensi-  
fica sin embargo, hora por hora, monta-  
do por minuto mientras los ecos del tora-  
bado choque de los ejércitos europeos,  
nos llegan cada día con más fuerza.

Miles de hombres, en el país de las  
industrias, de las riquezas naturales y  
de la paz, vagan por las aldeas y cam-  
peseos, arrastrando una vida de miseria y  
de tristeza.

Y las más avanzadas gentes de los  
poderes políticos, nacionales y provin-  
ciales, no han alcanzado a resolver en  
alco práctico, a menos, que como tal  
se considere la famosa "olla popular"

instituida para los pobres de la metró-  
poli. Pero, parece que al fin ayer, los  
economistas oficiales dieron a las cla-  
ses populares una noticia que les da-  
ra cuenta de que en estos momentos la campaña  
ofrece el mismo cuadro de miseria que  
las ciudades y que tal disposición no es  
más que un mero consuelo a los que  
muerto, cada compás en un quejido; con

de poeta ante la vista de los trágicos  
escenarios, dolor grande más que el que  
con el pan para sí y para sus hijos, por  
aún las horas se harán largas para  
ellos, para los que llevan días sin me-  
ter un mendrugo en sus estómagos.

La conciencia está en toda la fuerza  
del interior de las colonias nos anun-  
cia las alegrías y esperanzas de los  
ciudadanos que se desahogan con  
ruido estrepitoso la miseria que los cor-  
pa.

MENUCINA

En el fondo de un salón cuyos bor-  
des se semejan los cárceles labios de una  
herida, se enervaba en misero letargo el  
agua, boca oculto entre espesas ma-  
lladas, sin duda para evitar la codicia  
de la inmensa llama devorada por la  
sed.

Tras un boqueillo de chabarr — don-  
de los troncos daban pesados golpes de  
oro sosteniendo negra ramada de  
hielo — luce una joven almeada, que  
puede sombrea a la figura, deteniendo  
en parte la incandescente luz de arena  
flamínea que los vientos recorren de la  
pared.

El edificio, bajo, con muros de "do-  
bones", con techos de caña embarrada,  
con las paredes de barro, con el suelo  
de manto enfermo — presenta un no  
sé qué de triste, de melancólico, de ca-  
sa de silencio y de duelo.

Sin embargo, hay fiesta en la finca. A  
sombra de álamos y sauces, se ven  
botar varios de esos bravos caballos  
mendocinos que fader ha pintado  
el pueblo. Los jinetes, con sus  
varias de esas gallardas monturas,  
la mitad del cuerpo oculto en la sila  
montada, de la que se desahogan los  
de cuero con guardamontes y ca-  
pacho en la cabeza enteramente oculta  
en la sombra de los cascos.

Y desde adentro, desde la sala — cu-  
rante la puerta perfumada como de  
mujer, tapada por los glicines — se  
guirán las llamas torrenes de armonías,  
remembranzas del viejo romance espa-  
ñol, se balancean en cadencias de  
dulzura y de melancolía, que traen  
más melancolía, de cosas lindas: cantos  
dolientes de una raza desahogada,  
cantos que parecen como vientos que  
conviene junto al tímulo del espou  
muerto, cada compás en un quejido; con

esta estrofa un lamento, y cuando la  
música cesa, y las voces callan, parece  
que escuchara el susurro de un eco que  
jubiloso, el eco de ruidos extraños que  
fuerza resbalando por los muros de  
cambres, sin encontrar abismo más pro-  
fundo donde perderse en las sombras.

Hay fiesta en la finca. La hija del  
patrón se casa, se casa con un joven ga-  
llardo "manero", y por eso algunas  
guirlandas y por eso se doran los cli-  
vos en las parillas y las empanadas en  
el horno, y por eso brillan las "chabarras"  
sobre cuyo hololite de plata corren  
tormentas de rubí, el "vino viejo".

Adentro, en la sala, que las glicinas  
perifonean, la alegría rueda incansante  
como agua en las cascadas.

Pero enfrente, a la puerta de misera  
habitación, una criolla chilena, cuyo  
rostro resaca, bello, adusto y triste,  
sombra el gracioso tanto chileno, el  
vase en enormes ojos negros, ahogado  
de pena, en la placidez sin terminas, en la  
desolada pampa, donde rojean las are-  
nas ardientes, en la terrible "travesía"  
que apenas animan los "tuneros" que  
piensan, la "zampa" sombría, las tro-  
pas de "jarillales", el "piquillo" y el  
"chulo".

Luego lentamente, muy lentamente,  
la cabeza se inclina y la mirada se fija  
en el suelo, en la alfombra, en los co-  
mantes, en el cajón que le sirve de  
cuna.

Y luego, lentamente, muy lentamen-  
te, la mirada de los ojos negros y al-  
meados va hacia el cielo azul, el cielo  
de la tarde, el cielo que se cubre  
de amodo de Mendoza que parece  
que apenas animan los "tuneros" que  
piensan, la "zampa" sombría, las tro-  
pas de "jarillales", el "piquillo" y el  
"chulo".

Después como las glicinas han can-  
tado de nuevo y las alegrías de la sala  
al patio haciendo tintar los ractos  
de ciprésas, la criolla se estremee  
y se saca cual abrasada por el vien-  
to zonda; gripas la mano, torca a mi-  
rar al pequeño sin padre que lo re-  
gala, y se cubre la cabeza con el paño  
de seda. Se inclina, la boca se entre-  
pide, se endereza, y sin duda para re-  
cordar su espíritu clara la mirada de  
sus enormes ojos negros en el bonete  
de la madre, que se cubre con el paño  
de seda. Y luego, como las glicinas  
de la granjea girando de peñascos  
oscuros, en tanto el sol castigando la  
sahara roja, se saca voluta, palpable  
la tierra atormentada por la  
Javier de Viana.

EL INCENDIO DE HOY



En Villa Urquiza se declaró un incendio esta mañana. Nuestro grabado da cuen-  
ta de la importancia del siniestro.

83 CHOCOLATE 83  
"AGUILA"  
EL GRAN BOMBON NACIONAL  
Pidanlo en todas partes  
82 83

ESCENA DIARIA

TODOS ES LABURO EN ESTA VIDA...

—¿Uní? Qué la senda lunga! Hasta  
cuando vas hacer la misma ineptitudina  
ver? Es al tío! Cuando voy a trabajar  
en romper alrededor de una cuestión.

—Con mi negra? ¿verdad? Ahura  
que precisas? ¿no sé? tu negro? ¿no  
sé? Me calgo y me levanto! Mira, como  
insistas de dir a los balcones? Rodri-

—Bast! Mi mi que importa. Te  
pensas que por eso me voy a poner a  
jurar? ¡Ja, ja, ja, mi! ¡Por mí tend  
cualquier mujer que se parezca! Lo mío  
me da!...

—¿Ahí? ¿Ahí? ¿Ahí? ¿Ahí? ¿Ahí? ¿Ahí?  
¿Ahí? ¿Ahí? ¿Ahí? ¿Ahí? ¿Ahí? ¿Ahí?

—Y vos? ¿Qué le creas? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

—Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?  
Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?











